

NARCOTRÁFICO. El País presenció el desmantelamiento de un complejo para la producción y procesamiento de base de coca

Así se extirpa la coca en los confines de la selva

La Brigada de Selva 50 encontró recientemente 150 hectáreas cultivadas con coca y un laboratorio para la producción de la base del alcaloide. Descripción del campamento, con capacidad para albergar 150 'raspachines', y donde había una tonelada de base sin cristalizar.

Por Felipe Lozano Puche
Enviado especial de El País

Amazonas. Cuando el helicóptero sobrevoló El Limón, un enclaustrado villorrio donde conviven 21 familias con una guarnición militar, se hizo evidente que no podría aterrizar ahí. El piloto, un cuarentón fumador de Pléioja y con cara de conocer varios secretos bajo el sol, tomó la decisión de pasar de largo. "Si no, me llevaba el pueblo con todo y casas."

Así que levantó vuelo, cruzó los ocho metros que separaban las dos orillas del río, y descendió sobre una zona cenagosa, donde crecían pastos largos y había lonjas de tierra firme. Mantuvo suspendida su potente aeronave sobre las aguas del Putumayo durante más de quince minutos, y aguardó hasta que se llevara a cabo el transbordo.

Entretanto, el coronel Alberto Sepúlveda, encaramado sobre la escalera de abordaje, hacía señales a un bote de la Armada que cruzaba el río.

En su interior la embarcación traía tres sospechosos entre los que, presumiblemente, estaba el propietario de una parte de las 150 hectáreas cultivadas con coca descubiertas el 24 de septiembre, cinco días antes del operativo. El plan era embarcarnos y levantar vuelo hacia Leticia, para judicializarlos.

LA LEY EN LA SELVA. El coronel estaba exultante: la compañía Bufalo de la Brigada de Selva 26, que opera bajo su mando, no sólo había encontrado los cultivos, sino que dio con todo un campamento en donde se procesaba base de coca y trabajaban más de 50 personas.

Abordó el 'M-1' a primera hora, en Leticia, junto con tres funcionarios del DAS y dos de la Fiscalía, con rumbo a la zona donde se produjo el hallazgo, 300 kilómetros al noroeste de la capital del departamento

más grande del país, a más de tres días recorriendo cauces y caminos.

Allí, en un ambiente distendido y alegre, se reunió con el comandante de la compañía, el teniente Londoño, y cerca de 150 efectivos que llevaban más de quince días patrullando en las entrañas de la selva, sin siquiera cambiarse el uniforme.

Amaneció lloviendo, como es habitual en esta zona, lo que dificultó aún más las diligencias judiciales que se llevaron a cabo en el campamento, previas a la destrucción de los laboratorios.

El Fiscal Coordinador de Leticia, asistido por una técnica mecanógrafa, tomó las

el número

3.292

es la cantidad de

laboratorios encontrados y destruidos por la Fuerza Pública durante la administración del presidente Uribe.

declaraciones juramentadas, en original y copia, de los 'raspachines' capturados durante la operación.

Eran 25, en su mayoría indígenas, de los cuales 15 provenían del Perú. Dormían en unos camuchinos hechos, que el agua atravesaba como si

el dato clave

Desde julio, el Batallón de Selva, Número 50, tiene un contrato con la empresa 'Hellas' para la operación por horas del M-17, el único helicóptero de su tipo con que cuentan las FF.AA. en el Amazonas.

fueran de aire, repartidos entre las cinco 'chacras' o parcelas que componían el cultivo.

Un poco más habitable, con paredes y base de madera, zaguan, varios cuartos y algunos muebles, era la casa de Sergio Vargas Ramírez, un colono de Condinamarca, propietario de una de estas parcelas. Su mujer, Rosa María Rimabaque, indígena hultoto, declaró que Vargas había partido en agosto hacia el interior, porque su madre cayó de un caballo y estaba "para morirse".

Dña Rosa lo esperaba, con tres de sus cuatro hijos, entre moscas, oídos caseros y los cuidados de los cultivos (plátanos, piñas) y los animales domésticos (pavos, cerdos, gallinas), cuando llegó la tropa.

"Hace catorce años que mi marido cultiva coca. Aquí no hay nada mejor que hacer. Los arbustos crecen solos, igual que la maleza". Según su testimonio, unos brasileños le enseñaron a procesar la hoja hasta obtener base, que ellos mismo compraban cada dos o tres meses, cuando subían en lancha desde su país.

A los 'raspachines', en cambio, rara vez les pagaban el jornal en dinero. Por lo general recibían ropa, viveros y trago.

Leonides Gutiérrez Noa, un

Los laboratorios estaban camuflados entre la hojarasca. El coronel Sepúlveda, a la izquierda, supervisó su destrucción.

"Hace catorce años que mi marido cultiva coca. Los arbustos crecen solos, igual que la maleza", dice Rosa Rimabaque

mucho mejor si regresan a su país y se dedican a un oficio digno. ¿No se dan cuenta de que son esclavos de unos bandidos, que se quedan con toda la plata del negocio? Nosotros vinimos aquí para quedarnos y si los volvemos a sorprender en éstas los metemos presos. Lo mismo va para los colombianos."

Los 'raspachines' estaban alineados por nacionalidad, en uno de los claros arrebatados a la selva, a pocos metros donde aterrizó el helicóptero. Escuchaban en silencio y asentaban con sus cabezas, con una mueca inescrutable congelada en sus rostros. ¿Qué iban a hacer con ellos?

El DAS embarcó a los peruanos, para tramitar su deportación, y a los colombianos los dejaron ir, porque su condición de jornaleros no permitía judicializarlos. Los únicos imputables eran los dueños de las 'chacras'.

De hecho, en El Limón, corregimiento de Puerto Arica, a 20 minutos de vuelo, el Ejército acababa de capturar a uno de ellos, 'don Anibal', junto con otros dos sospechosos.

Después de felicitar a la tropa, que debía patrullar los alrededores por lo menos durante quince días más, y descargar una tonelada en raciones, el coronel y sus acompañantes subieron a la aeronave.

"La erradicación manual nos llevaría meses. Estamos hablando de 150 hectáreas", explicaba el oficial, mientras la máquina se elevaba por encima de las copas de los árboles, "aquí lo que hay que hacer es llamar para que fumi-guen la zona con glifosato".

Ya sea por la enorme devastación que producen los cultivos en el extraordinario ecosistema selvático, ya por el veneno químico que se utiliza para exterminarlos y que penetra las tierras y contamina las aguas, según denuncian diversos ambientalistas, la peor parte se la lleva la capa vegetal.

El Amazonas conserva la apariencia de inmensidad intocable que embriagó a tantos viajeros, y ha sobrevivido la explotación inclemente de las diferentes 'fiebres' que atrajeron explotadores de todas las suertes: buscadores de oro que vertían mercurio en sus ríos de leyenda, caucheros insaciables que esclavizaban y aniquilaban a sus indígenas, y madereros que devoraban sus árboles, contemporáneos del paraiso.

Pero la selva no está en condiciones de soportar por mucho tiempo más el acoso añadido de los cultivos de coca, la última de las plagas que el hombre ha llevado hasta su territorio sagrado.

ENFERMEDAD SIN REMEDIO. Ustedes deben entender el daño ecológico que provocan. ¿Por qué vienen a Colombia a cultivar esta porquería? Estén seguros de que les irá